

ANTONELLA PRENNER

CÉSAR

Traducción de Estela Peña Molatore

 Planeta

Título original: *Caesar*

Antonella Prenner

© 2020, Mondadori Libri S.p.A. / Rizzoli, Milán

Traducción: Estela Peña Molatore

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio La fe ciega / Domingo Martínez
Fotografía de la autora: © Anna Dies

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2022

ISBN: 978-607-07-8696-9

Primera edición impresa en México: mayo de 2022

ISBN: 978-607-07-8694-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

I

Tunc Caesar: «Eatur» inquit, «quo deorum ostenta et inimicorum iniquitas vocat. Iacta alea est».

Entonces dijo César: «Vayamos donde nos llaman las señales de los dioses y la iniquidad de los enemigos. La suerte está echada».

SUETONIO, *Divus Iulius*

*Idibus Ianuariis anno CDDV a.U.c.*¹

13 de enero del año 49 a. C.

Un relincho, un golpe seco, el grito de un hombre pidiendo ayuda. Me despierto sobresaltada, el corazón late en mi garganta.

Bajo al vestíbulo solo con mi vestido de noche, hace frío, algunos sirvientes que son más rápidos que yo ya se apresuran a entrar con lucernas y linternas, y ráfagas de viento me golpean desde el portón abierto de par en par. Tengo que apoyarme en el marco de la puerta y el pelo bate tras de mi espalda y cae sobre mi rostro. Siempre me suelto el cabello por la noche, desde que era una niña, me gusta sentirme envuelta, acariciada.

Un caballo está tumbado de costado en el suelo, jadea y sus flancos aún despiden vaho, emite largas y lentas bocanadas, se está muriendo. Un hilo de sangre gotea de su mordida. Es color rojizo, y sus ojos, negros y líquidos como las noches de lluvia, brillan con las llamas que el viento agita a su alrededor.

Retrocedo un paso y aparto la mirada de ese animal que yace allí, bello y poderoso, apagándose entre reverberaciones de fuego y la humedad de su propio aliento. Me asusta.

¹ a.U.c. Ab Urbe condita: «desde la fundación de la Ciudad». (N. de la T.).

El hombre, también en el suelo, gime y presiona con las manos una rodilla que sangra. La doncella me coloca una capa sobre los hombros y nos acercamos juntas. Sus rasgos se contraen por el dolor, viste harapos y está sucio, pero lo reconozco: Néstor, su mensajero de mayor confianza, que tantas veces me ha traído noticias secretas por la noche. Y tantas veces me ha visto con el cabello suelto.

—Ya sabes quién soy, ¿no? —Su voz es un siseo que sale de entre los dientes apretados. Clava sus ojos en mí, mostrándome todo su odio.

No respondo y dejo que el viento oculte mi rostro entre los rizos que reflejan el rojo de las antorchas; el terror me invade, no quiero encontrarme con su mirada.

—Me ordenó que me diera prisa, como siempre, más que siempre. Espoleé al caballo y aún pude oír su grito detrás de mí: «¡Rápido! Tan rápido como puedas». Y eso hicimos: nos apresuramos. —Voltea hacia la bestia, que ahora ha dejado de jadear. Sacude la cabeza, se pasa las manos por las mejillas y la frente y me mira de nuevo, manchado de sangre—. Tengo un mensaje para ti, ¿te digo quién lo envía?

La mueca de dolor es ahora un gesto de desprecio; este bastardo se burla de mí, me odia porque por mí murió su caballo, porque por mí ha tenido que cruzar la noche demasiadas veces, porque soy una mujer, la más importante, la más considerada, la que siempre ha existido, porque para hacerme llegar sus palabras —¿qué palabras? ¡Daría un brazo por saberlo!— le ordena que arriesgue su vida, y porque nadie puede decirle que no.

Pero nada de esto es culpa mía. Apenas puedo contener mi ira.

Se dirige a mi doncella:

—Ahí, en la bolsa —señala—, hay una carta. No quiero ensuciar tan preciosas palabras —y muestra las palmas de sus manos manchadas de tierra y sangre. Nervioso, ríe con dientes torcidos y manchados.

La doncella se agacha para rebuscar en el envoltorio y me entrega un pequeño pergamino.

Me dispongo a marcharme; tengo prisa por volver a la casa para leer, para escapar de la pesadilla del frío y la muerte, pero Néstor me detiene con voz ronca:

—También está esto.

Aprieta con fuerza una bolsa, quizás para ensuciarla más. Se la arrebató de las manos y corrió hacia la casa. Doy instrucciones a los sirvientes de curar y alimentar al hombre, y de enviarlo lejos en cuanto esté mejor. Sobre todo, ordeno quitar el caballo de la entrada de mi casa. Antes de volver a entrar, le lanzo una última mirada: tiene los ojos abiertos y muestra los dientes. Los suyos son blancos.

Me apresuro a mi habitación y busco la luz de la luna cerca de la ventana: será suficiente para leer; en medio de la confusión, quién sabe adónde ha ido a parar la lucerna. Tengo prisa, siempre estoy ávida de sus palabras. Tomo la bolsa sucia y áspera: huele a animal, a piel sudada, a barro, pero ni el más vago indicio de él. Me siento tonta buscándolo a mi edad: cincuenta años de vida ya han pasado.

El viento ha dejado de soplar y las ventanas están perladas de lluvia.

Leeré palabras terribles. En Roma, muchos intentan evitar lo peor, mediante engaños o acuerdos de última hora, pero él nunca se doblega. Lo sé. Y en primer lugar voy a leer su nombre y el mío, en ese saludo que ha sido el mismo desde hace tanto tiempo, solo nuestro, indescifrable para cualquier otra persona. Cada vez que escribe mi nombre, traza la primera letra lentamente y con voluptuosidad: me ha confiado que se imagina que recorre con su estilete en la mano mi sinuoso perfil. Y cada vez, con mi dedo índice, rozo la marca de esa misma letra.

Rompo el sello, dispuesta a sumergirme en el abismo. Roma está en la incertidumbre, quizás todavía tiene esperanza. Yo ya no.

El cielo se aclara y de la oscuridad resurgen las formas de la ciudad, opacadas por la bruma. Mientras amanece leo, y desde la orilla de un río lejano oigo su voz mezclada con la niebla, su rostro

orgullosa, sus ojos claros y tristes, y cada palabra es torbellino, pasión, tragedia. Leo el ardor peligrosamente sofocado y la indignación convertida en rencor, el suplicio de una decisión difícil y para todos funesta, la soledad que es el precio de su propia grandeza. Quiere que al menos yo comprenda el sentido de tanta locura. Y luego me habla de cuando los hilos del desorden se unieron en una trama, o eso le pareció a él.

Sucedió entre la noche y la mañana, hace unos días.

Servilia mía:

Cabalgué desde Ravena hacia la frontera, seguido a distancia por Marco Casio Esceva que conducía un carro. Tras las campañas en el interior llegué al río Rubicón cuando ya era casi de noche, no quería que me vieran. Exploré las orillas sembradas de rocas, densas de juncos, álamos desnudos y frondas más bajas que se inclinaban hacia el agua, tan abundantes como las lluvias. Alrededor, la llanura se ensanchaba sin bosques, aquí y allá las chimeneas de las pocas casas humeaban. Cuando el carro llegó, ya había caído la noche.

Al amanecer remontamos el río lo más cerca posible de la orilla. Todavía en la llanura abierta me encontré con un pequeño puente de madera escondido entre los juncos. Lo crucé primero a pie en ambas direcciones, luego a caballo; crujía, pero me pareció que iba a resistir. Será perfecto. Dejando al animal, lo crucé solo por tercera vez y me senté en la orilla opuesta. La tierra estaba húmeda y hundí mis manos en ella, sabía a lluvia y a escarcha. Es la tierra más allá de la frontera, todavía lejos de Roma, pero donde comienza Roma, sagrada e inviolable como la más casta de las vírgenes. ¿Y yo? ¿Qué estoy haciendo?

A lomos de mi caballo, lo azucé y cabalgamos cuesta arriba entre matorrales y rocas cubiertas de musgo; a la izquierda el agua fluía en dirección contraria. Quería llegar al nacimiento del río que marca la frontera sagrada, que no se puede violar con las armas, que lleva el color de la sangre en su nombre. Cruzarlo a la cabeza de un ejército, de mi ejército, es ofender las leyes de Roma, de mi Roma. Significa un desafío a nuestras instituciones, significa hostilidad. Pero ¿qué es lo justo? Al salir del

bosque, caminamos por el crestón de una elevación que cae en las aguas caudalosas; mientras, el cielo se oscurecía con nubes y nevaba por momentos. Continuamos a pie, y detrás de un último acantilado apareció debajo de nosotros un polluelo gris como las nubes. Le hice una señal a Marco para que no me siguiera.

El agua surgía de la tierra y formaba riachuelos, luego un arroyo que se curvaba y desaparecía en un desfiladero. Así que ahí estaba. Me mojé la cara con el agua helada y bebí durante mucho tiempo: quería que el río entrara en mis venas y se uniera a mi sangre que nunca encuentra la paz. Lloraba, y las lágrimas se unían al agua: yo era el agua que fluye hacia el mar, hacia el horizonte tocando el cielo. Miré al cielo; el viento soplaba desde el oeste y, de repente, más arriba de las montañas, aparecieron dos manchas oscuras que volaban hacia mí.

Águilas.

Me buscaban y me encontraron, sus ojos brillaban y me sentí rodeado por chispas de fuego, o por estrellas. Planeaban sobre mi cabeza con las alas quietas; luego, el ave grande alcanzaba a la otra; ambas entrelazaban sus garras y se precipitaban unidas, lucha y pasión. Casi podía tocarlas, pero un segundo después remontaban el vuelo y se unían, gritando un amor salvaje, cruel, feroz, Como aquella vez, aquellas águilas. ¿Te acuerdas?

De nuevo me mojé las manos y la cara, pero el agua ahora sabía a sangre, y más arriba, entre rayos de sol como espadas, estaba yo. Amaba a una mujer, la besaba y me unía a ella, le hacía daño, ella gemía, era mi madre. A un lado, una cuna y un niño recién nacido, yo, y un hombre severo que colocaba en la cuna una pequeña águila de plata: Cayo Mario, mi tío, que había subyugado a los pueblos, que había hecho inmenso el ejército de Roma y había dado a las legiones águilas de metal brillante para que sirvieran de guía, porque las águilas nunca mueren.

El canto de las aves me despertó de la pesadilla. A mi alrededor, en el suelo, estaban las plumas que habían caído de sus alas. Las recogí y las sentí vibrar. Seguían volando una sobre la otra, muy lejos, más allá de los márgenes del río.

De repente todo estaba claro, como cuando se lanza un dado que revela el destino, señales de los dioses que surcan las nubes, que yo debo seguir.

Mañana, entre la noche y el amanecer, conduciré a los soldados a través del pequeño puente de madera, y será la guerra. Los soldados me aman. Ahora lloro contigo los golpes que infligiré, la muerte, el destino de Roma y el mío propio, ambos marcados por águilas de plata. Lloro por la furia que me ha invadido y que nunca me abandona, y mis lágrimas, confundidas en las aguas del río, fluirán hasta el mar, hasta las tierras más allá del mar que, por mi mano, se teñirán de sangre.

Pero renovaré mis fuerzas, alzaré mis ojos hacia la gloria y sostendré su luz cegadora, como un águila que asciende por las nubes y desafía al sol. Oigo la voz del cielo, la llamada de los astros, solo para mí. Yo debo volar.

Tal vez no volvamos a vernos. Tal vez un día lo entenderás.

Miro hacia afuera y lloro.

Los sonidos de Roma y de mi casa se elevan hasta mí, un monstruoso ruido de agua, un remolino de río que me arrastra, pero es solo la criada que prepara mi baño y esparce el aroma de los bálsamos, el despertar de las mujeres ricas y bellas, esas mujeres que son como yo.

Lloro, y la lluvia cae con más fuerza sobre los tejados y moja las calles, pero ahora solo oigo los pasos de los hombres armados y los cascos de los caballos; veo a un hombre rubio sentado en la orilla tocando una trompeta de guerra, y el puente de madera cruje; sigo llorando y el cristal refleja mi rostro descolorido.

Siento el impulso de escribirle: «¿Por qué más sangre? ¿Por qué una guerra en el corazón de Roma? ¿Por qué no depones las armas y vuelves a la ciudad?», pero un escalofrío me estremece y el estilete cae al suelo a mis pies. De todos modos, no serviría de nada. Me dejo caer en la cama, agotada, y me seco las lágrimas inútiles.

Tomo el espejo; ¡qué lejana la belleza, qué lejos la felicidad! Tal vez sean la misma cosa. Me irrita ver mis párpados caídos sobre mis ojos, más pequeños y apagados. Mi mirada era intensa, brillaba con destellos de oro, era encanto, conquista; fue solo ayer: ¿cuánto tiempo duró esta noche? Y las arrugas, insoportables. Sigo

los pequeños surcos, con las yemas trazo caminos invisibles hasta el cuello y bajo hasta el pecho; retiro un pliegue de la preciosa tela, descubro la piel que ha perdido su candor y me avergüenzo de mis pensamientos y recuerdos, y la cubro inmediatamente con mi larga cabellera. Los ungüentos que la mantienen brillante sirven cada vez menos, y las mezclas de hierbas no bastan para dar a las canas el color de los atardeceres dorados: provienen de las lejanísimas tierras de los bátavos (él conoce ese pueblo, está en el fin del mundo, pero para él el mundo no se acaba nunca), cuestan tanto y, sin embargo, el resplandor en mis cabellos ya no se enciende. Los acaricio con una mano como si fuera la suya, mis dedos se enredan en los rizos y sonrío tras nuevas lágrimas, porque él decía que tan solo mis cabellos eran capaces de atraparlo. Reíamos juntos y él me acariciaba más y más, descubriendo la nuca y la espalda. Repito sus gestos sobre mí frente al espejo, ya no me siento sola; quizás ha dejado de llover y la luz se ha vuelto clara.

En el espejo ya no está mi rostro, tan solo mi cabello; un rayo de sol lo golpea y el gris empieza a brillar, la maraña de rizos se funde, se tiñe de juventud, fluye, ondas llevadas por el viento hacia un campo inmenso más allá de los rizos, más allá de las puertas de la ciudad.

En mi espejo es primavera, esa primavera, pero ¿cuántos años han pasado? Eran días de gloria.

*

Eran miles, tan inquietos como el mar antes de la tormenta, aquí y allá los estandartes se alzaban como velas, y las águilas de plata estaban listas para desplegar sus alas. Los soldados cantaban, los caballos relinchaban y los jinetes, por diversión, los hacían encabritar; no veían la hora de partir y algunos improvisaban combates para burlar la espera y luego se abrazaban. Eran felices. Iban a una fiesta, no a la guerra, hace diez años.

A toda prisa crucé el campamento, con los ojos perdidos entre las brillantes armaduras. Hacía tiempo que no nos veíamos. Los preparativos lo mantenían ocupado día y noche, al igual que sus intrigas, pero no lo culpaba: estaría lejos de Roma y de Italia durante quién sabe cuánto tiempo y no quería arriesgarse a ninguna sorpresa desagradable. Con un pretexto, también dispuso que enviaran a mi hermano fuera de la ciudad, en una misión a Chipre; lo lamenté, pero comprendí la necesidad: solo le causaría problemas. Eran adversarios y se odiaban desde la infancia.

La noche anterior me informó que estaba preparado para dirigir al ejército a través de los Alpes a marchas forzadas, así que me apresuré a ir al campamento, lo buscaba con la mirada y, mientras avanzaba, alguien me guiñó el ojo:

—¡Salve, bella señora!

Llevaba una estola azul, me había peinado y maquillado cuidadosamente, sí, quería que me viera guapa.

Por fin, un centurión me reconoció, me llamó por mi nombre y me indicó:

—Está por ahí. —Y extendió su brazo en dirección al río.

A paso veloz, me hice espacio entre la densa multitud de jóvenes. Alguien corrió a anunciarle mi llegada y lo vi venir hacia mí, escoltado por un pequeño grupo de sus lugartenientes. Me detuve; él también se paró en seco frente a mí, a suficiente distancia para que pudiera escuchar su voz en medio del estruendo. Me saludó con deferencia y me informó que al amanecer del siguiente día emprenderían su viaje.

—Los helvecios se encuentran bajo la presión de los germanos, están emigrando hacia el oeste y pasarán por nuestra provincia —añadió, explicando el motivo de sus decisiones—. Partiré de inmediato, debo defender nuestros territorios en la Galia. Soy el gobernador.

Hacía meses que buscaba la oportunidad propicia, y aquí estaba. El sol que comenzaba a descender lo circundó con una cálida luz dorada, el auspicioso abrazo de la gloria hizo que sus ojos brillaran.

Dio unos pasos hacia mí para despedirse, me tendió las manos y, en una de sus palmas, deslicé mi regalo de buena suerte: una pequeña lámina de oro con la efigie de Alejandro Magno. Sonrió sin decir nada. Yo también sonreí, conocía su sueño. Volvió a sujetarme las manos, con fuerza, y se acercó tanto que sentí los pliegues de su capa roja sobre mi cuerpo, mientras me susurraba al oído:

—Ven y únete a mí en cuanto puedas.

Lo alcancé en la Galia a principios del verano. Llegué cuando ya estaba casi oscuro, cansada por los días de viaje y las noches sin dormir.

Me contó desde que inició la marcha en Roma: en ocho días llegó a Ginebra con cuatro legiones, miles de hombres, animales, armas, equipaje. Ordenó a los soldados más experimentados y rápidos que construyeran una muralla de muchas millas a lo largo del Ródano, mientras los demás acampaban. Trabajaban en esta inmensa obra incluso de noche, y él vigilaba, incitaba, daba indicaciones yendo y viniendo y, cuando veía a alguien más lento, intervenía afanándose él mismo, y su fuerza se convertía en la fuerza de todos. Durante la primera noche se detuvo ante un grupo de legionarios, desmontó de su caballo, plantó muchas antorchas en el suelo y levantó por sí solo diez troncos de madera.

—¡Ahora, continúen ustedes! —ordenó a los sorprendidos y avergonzados soldados mientras volvía a montar en su caballo. Así, en pocos días, las fortificaciones estaban listas y nuestra provincia asegurada.

Los helvecios le habían prometido cruzar la provincia sin provocar daños, pero él no se fiaba. Intentaron pasar por encima del muro, atravesarlo, y él los rechazó. Luego se dirigió hacia el septentrión, a la tierra de los heduos, que le pidieron ayuda. Acudió, nunca se negaba. Los helvecios estaban cruzando el río Arar, atando balsas y botes, como le habían dicho sus informantes, y partió esa

noche, dejando el campamento a Tito Labieno, su lugarteniente de mayor confianza; a él le confiaría su casa, sus posesiones, su poder, todo. Incluso a mí. Los sorprendió todavía ocupados en las operaciones de tránsito, y sin estar preparados para la lucha. Exterminarlos fue fácil.

Ya sabía yo de sus victorias, pues enviaba constantes informes al Senado y a los magistrados, y tenía muchos amigos que me mantenían informada. Pero solo su voz podía hacerme oír el atroz sonido del metal, el choque de las armaduras contra el suelo, el olor de la sangre que teñía de negro la primavera, los gritos de nuestros hombres al atacar, los gemidos de los moribundos, los legionarios regocijándose en medio de la muerte, porque el éxito los había vuelto eufóricos: amaban cada vez más a su líder. Desnudaban los cadáveres, revolvían los bienes esparcidos por el campamento en busca de un botín, se sentían fuertes, invencibles, gracias a él.

Pero aún no había terminado, y ordenó que se construyera un puente de una orilla a otra para perseguir a los que ya habían atravesado. En un solo día todo estuvo listo: ¡los helvecios habían tardado veinte días en cruzar el río! Y habían buscado una inútil mediación de paz.

No contuvo su satisfacción al decírmelo, apretando mis hombros y recostando su cabeza en la almohada. Podía oír su respiración, y podía verlo en el puente mientras miraba las montañas que se alzaban desde la llanura; podía ver a los otros helvecios que aún no sabían de la masacre, sentados en la hierba a la orilla del río:

—Fluye tan lentamente —me dijo—, que a primera vista no se puede adivinar la dirección del agua.

Casi amanecía. Entre sus brazos me deslicé por la corriente del perezoso río para dormir.

Los sonidos del campamento me despertaron poco después.

César estaba de espaldas a mí, atando su bálteo. Se dio cuenta de que estaba despierta cuando se ponía la capa.

—Vamos —me animó, sonriendo—. Te espero afuera, ¡date prisa!

Delante de la tienda estaban listos dos caballos y, juntos, cruzamos el campamento. Al salir se nos unió su perro, que corría y ladraba con fuerza, moviendo la cola. Nos dirigimos a la cima; el perro nos precedía más rápido, los cascos de los caballos golpeaban el suelo que, conforme ascendíamos, se volvía rocoso y a veces resbaladizo; soplaban un viento casi invernal, pero el cielo estaba tan limpio como pocas veces se ve en la ciudad. Dejamos los caballos en un claro y lo seguí mientras caminaba hacia la orilla de un arroyo que fluía abundantemente con la nieve derretida; el agua lo atraía y se parecía a él, era como él: jamás quieta, jamás igual, inasible. Se sentó entre arbustos de ramas finas y yo hice lo mismo; la tierra y la escasa hierba estaban húmedas.

—¡Te vas a ensuciar la ropa!

Miró las rocas, que sobresalían cubiertas de musgo y que bloqueaban la corriente entre espumas y remolinos resonantes.

Sonreí despreocupada, me habría gustado ser uno de sus soldados.

—Cuéntame de nuevo sobre los helvecios, ¡han llegado a Roma noticias de una extraordinaria victoria! Rechazaste el caballo, fuiste a pie al encuentro de los enemigos y lucharon cuerpo a cuerpo.

Los persiguió durante quince días. En un enfrentamiento con su retaguardia, perdió hombres de caballería y, para colmo, los heduos lo habían traicionado negándole el suministro de grano. Retrasó el ataque, pero cerca de Bibracte, su capital, desplegó su ejército en una montaña en acuerdo con Tito Labieno. A lo largo del siguiente día, las jabalinas volaron por los aires y los helvecios se dispersaron: arrojaron sus escudos horadados y ahora inservibles, se enfrentaron a nuestras espadas con las manos desnudas y cayeron.

Tras un largo combate, los romanos tomaron el campamento, y los capitanes y sus hijos fueron hechos prisioneros. El resto de los belicosos helvecios ofreció rendirse: no exigieron más que la paz, y él se las concedió. Podría haber masacrado hasta el último hombre, pero no lo hizo. Les ordenó que volvieran a sus tierras limítrofes con nuestra provincia, que reconstruyeran sus pueblos y

reorganizaran sus actividades; así los helvecios impedirían el avance de los germanos, más peligrosos.

¡Incontenible ardor de guerra, clemencia y genialidad! Durante muchos días, en el Foro no se habló de otra cosa, incluso sus adversarios se vieron obligados a reconocer este extraordinario éxito y, con dientes apretados, lo alabaron.

Apartó la mirada del agua y se levantó de repente, tendiéndome la mano para que hiciera lo mismo.

—¿Y qué dijeron los distinguidos senadores y magistrados? ¿Y mi pueblo? Para todos ellos Roma es más grande, más poderosa, más segura gracias a mí. Si las montañas impiden la visión de las obras lejanas, envío cartas y las cuento como si sucedieran delante de ellos, en el Foro y en la Curia, ante los ojos de todos. Durante tres días y tres noches atendimos a los heridos y honramos a nuestros numerosos muertos. Deberías haber visto las piras, las fosas que cavamos... Y los gritos mientras los médicos extraían flechas, cosían heridas, amputaban. Pero la sangre y el dolor, contados con las palabras adecuadas, se convierten en gloria. Y en venganza.

Caminábamos desde el arroyo hacia el espacio abierto dominado por las montañas y su perro saltaba a su lado.

—Hace mucho tiempo —continuó—, la tribu de los tigurinos derrotó a los romanos. Mataron al cónsul Lucio Casio y a su legado Lucio Calpurnio Pisón, ancestro de mi esposa, e impusieron al ejército la humillación del yugo. Pero el yugo es para los bueyes que tiran del arado, ¡no para los soldados de Roma! Tú y yo aún no habíamos nacido, pero cada soldado de cualquier época es mi padre, es mi hijo, es mi hermano, es mi compañero: cada soldado soy yo, y tal ultraje no se puede olvidar. Los tigurinos fueron los primeros en ser masacrados por nuestra gente a orillas del río. ¿No te parece que la venganza lleva dentro el aliento de la justicia?

Lo miré, esperando entender sus razonamientos.

—Cayo Mario les puso fin a las repetidas derrotas y al peligro en nuestros territorios en la Galia. Adiestró al ejército a la velocidad de la acción, a marchas extenuantes, a base de esfuerzos inhumanos,

y ganó. Cayo Mario, mi tío. Y debo celebrar su valor con mis actos. Fue entonces cuando dio a las legiones romanas las águilas de plata.

—Tú también, cuando naciste —añadí y, en ese instante, potentes gritos rasgaron el aire. Dos águilas volaban sobre nosotros, enzarzadas en combate. Nos invadieron la consternación y el ardor; era un presagio de guerra, de grandeza. Cerré los ojos, levanté la cara hacia el cielo y extendí los brazos como si fueran alas. Sabía que lo vería alzar el vuelo.

Tomó mi mano y posó sus labios sobre ella durante mucho tiempo.

*

Me pregunta si me acuerdo de las águilas, en esta noche de lluvia y locura. ¡Cómo me gustaría olvidar! Pero no puedo. Esa es mi condena.

Con rabia, aprieto con más fuerza el saco. ¿Por qué no puedo lanzarlo lejos? Es su llamada, indomable. Desato el cordón y rebusco con los dedos sin mirar dentro, siento algo suave y luego áspero. Madera. Lo vacío sobre la mesa: tierra y plumas, las águilas en la fuente del Rubicón, y un dado de madera. Lo giro en la palma de mi mano: está tallado; lo acerco a la luz: letras dispersas, su incomprendible juego de palabras hecho para confundir, para revelarse solo a quien lo merece, a mí.

Lo acerco a la luz: intento entender la conexión entre las letras, pero no lo consigo. No me importa su juego de dados con la muerte; lo lanzo lejos y lo odio, no quiero saber la razón de más dolor; luego lo recojo. En uno de los lados, entre las letras, está grabada una estrella. Rozo su surco con el dedo índice, como la inicial de mi nombre escrita por él; luego toco mis arrugas y mis dedos se humedecen de lágrimas, soy vieja, él también lo es, pero lo inflama un ímpetu que nunca muere, nunca se sacia de esperanza, de gloria, de victorias que una vez más serán la hermosa máscara del tormento. Y, en la soledad de una noche fatal, su fuego y su tormento me los ha escrito a mí.

Yo soy Servilia, la amante de Cayo Julio César de toda la vida.